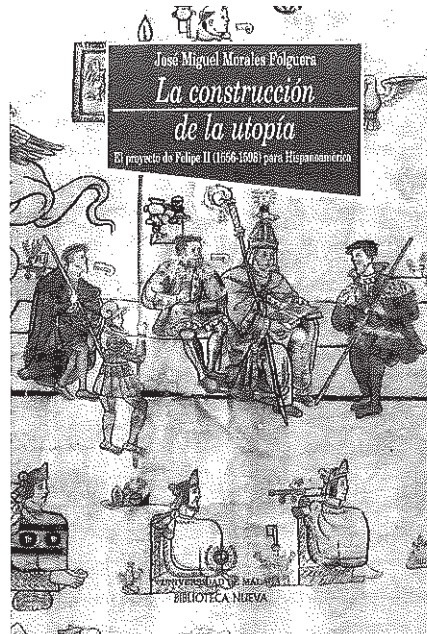


- **MORALES FOLGUERA, José Miguel:** *La construcción de la utopía. El proyecto de Felipe II (1556-1598) para Hispanoamérica.* Madrid, Editorial Biblioteca Nueva-Universidad de Málaga, 2001.

Juan Antonio Sánchez López

Mucho se ha escrito acerca de la visión utópica, carismática, providencialista y aún milenarista con que los contemporáneos y principales implicados en la empresa contemplaron el descubrimiento de un Nuevo Mundo. La aventura americana supuso, en efecto, un acontecimiento único para que la vetusta Europa, a través de las potencias colonizadoras protagonistas de la misma, reverdeciera sus esperanzas, retomara sus proyectos y aplicase sus afanes en la construcción de una sociedad presuntamente "perfecta". Por lo demás, algo imposible por completo de desarrollar en los Estados del viejo continente, donde tales anhelos habían quedado impresos en las páginas de los libros y cristalizado de un modo más concluyente, si acaso, en las fabulosas arquitecturas de las escenografías y los fondos pictóricos.

Con esta cuestión como telón de fondo, el profesor Morales Folguera suma ahora a sus ya abundantes publicaciones sobre el tema americano esta monografía, que pretende ser una recapitulación exhaustiva desde el punto de vista historiográfico y documental acerca de tres cuestiones históricas fundamentales. A saber, la temprana frustración implícita por la difícil integración y convivencia entre los indígenas y los españoles o la in-



mediata y consecuente creación para cada uno de estos grupos de sendas repúblicas, separadas en lo social aunque englobadas en una única *Republica Christiana*, culminando semejante proceso en el proyecto ideado por Felipe II para vertebrar e imprimir cuerpo material sobre el territorio conquistado a tales repúblicas, a través de sus *Nuevas Ordenanzas de Descubrimiento, Población y Pacificación de las Indias* y las *Ordenanzas para la formación del Libro de las Descripciones de Indias*, promulgadas ambas en julio de 1573. Desde ahí, el autor insistirá reiteradamente en la carga trascendental e incidencia de semejante corpus legislativo sobre la fundación, planimetría, configuración, morfología y evolución de los núcleos urbanos americanos y los grupos humanos que los habitan.

Tras detenerse en el estudio de las *Ordenanzas* y sus antecedentes jurídicos,

el profesor Morales Folguera aborda el de las *Relaciones Geográficas de Indias*. Además de las cincuenta respuestas al cuestionario enviado en 1577 a los funcionarios de la Administración colonial, el bagaje planimétrico y las noticias variopintas incorporadas a las mismas constituyen, sin duda, el corpus informativo más relevante sobre las ciudades y quienes hacen de ellas organismos vivos, ya se trate de enclaves españoles como de pueblos de indios. Capítulo señero es el dedicado a la Iglesia Indiana y su labor cristianizadora, cultural y, por supuesto, urbanizadora. En este sentido, no puede olvidarse cómo la aventura americana fue entendida, o "pretextada" si se prefiere, de cara a la opinión pública como una empresa de cruzada misional. En su desarrollo, las Órdenes Religiosas, con los hijos de San Francisco de Asís a la cabeza, estarían llamadas a desempeñar un papel sin precedentes en lo tocante a la construcción de la República de los Indios, vista la dualidad de atribuciones y competencias a ellas conferida por la Corona en cuanto agentes dinamizadores y responsables de la formación, educación e inculcación de la población nativa y elementos gestores en la dirección de sus poblaciones. De esta manera, se pasa revista a aspectos tan significativos como la constitución del Real Patronato, los documentos pontificios que lo refrendaban canonicamente o la jerarquización eclesiástica de las recién nacidas diócesis y su oportuno reflejo en la propia estratificación de los grupos sociales colaterales.

Sin abandonar todavía este capítulo, resultan bastante significativos sendos apartados centrados en las órdenes mendicantes. Para ser más exactos aquellos que escudriñan su estructura jerárquica

organizada según el esquema guardiana-vicaría-visita y oportunamente superpuesta a la propia estructura socioeconómica de las poblaciones indígenas, sistematizada en el Virreinato de Nueva España mediante el *altepetl* y *calpolli* y en Perú bajo el régimen de *provincias, pueblos y aylllos*. No se olvida en el libro la actividad desplegada por las diferentes Religiones en el diseño de la ciudad, básicamente a través de la creación de poblaciones, la construcción de conventos y complejos monumentales y la prestación y eficacia organizativa en la vida de estas comunidades en conexión con los intereses de las autoridades y las cofradías indígenas. Especialmente sugestivo resulta el estudio de los "medios de acción" o recursos paralitúrgicos, teatrales, ceremoniales y pedagógicos ensayados repetidamente por los misioneros en su empeño de inculcar el nuevo credo a la población neófito, a través, ¡cómo no!, de la demostración *ad oculos*, canalizada mediante ritos procesionales, funciones de iglesia, la música y un prontuario de programas iconográficos que sustancian y regulan los mecanismos de relación entre la religión conquistadora y la conquistada.

El análisis de las Repúblicas de los españoles y los indios introduce al lector en la intención medular de la obra, a través de una sucesión de secuencias argumentales dedicadas a los orígenes y morfología de la ciudad en Hispanoamérica, las ciudades de españoles y los pueblos de indios en los dos grandes virreinos. A la par que se estructuran los contenidos, van matizándose cuestiones relativas a la diversificación urbana, la especialización y distinción entre centros administrativos y políticos, núcleos agrí-

colas y mineros, enclaves militares y comerciales y emporios portuarios, sin olvidar la preocupación por preservar la dispersión y control del territorio a costa de planes regionales que evitarán la concentración y la aglomeración urbana, en pro de la apetecida articulación estratégica. Por su parte, el mestizaje entre los componentes prehispánicos y españoles traerá como consecuencia la coexistencia de elementos aportados por las culturas indígenas más importantes (*nahuas* y *quechuas-aymaras*, especialmente) con los introducidos por la potencia colonizadora, esto es la cuadrícula, la religión y la organización municipal. La vertiente práctica de tales argumentaciones vendrá de la mano del análisis de una serie de ejemplos señeros, a medio camino entre el experimentalismo y la plasmación de la utopía, en el caso de la obra del obispo Vasco de Quiroga en Michoacán, el colegio indígena creado por los franciscanos en Tlatelolco, las iniciativas de Fray Bartolomé de las Casas en la provincia de la Verapaz y las misiones jesuíticas en Paracuará. A través de todos ellos, subyace y se renueva el añejo pensamiento mítico que contemplaba en el Nuevo Mundo la materialización del Jardín del Edén, del reencuentro con aquel Paraíso perdido que, en definitiva, nos hace descubrir en semejantes propuestas otras tantas soluciones para trazar y hacer posible en América un auténtico camino hacia la Arcadia.

Si la planificación urbanística fue objeto de especial preocupación para los planes de Felipe II, no le van a la zaga las inquietudes por configurar una imagen arquetípica de la ciudad, valiéndose del potencial difusor de la imprenta y la asequibilidad y ventajas plásticas, téc-

nicas, reproductoras y propagandísticas del grabado. Hasta tal punto, de que, como es sabido, la imagen de la ciudad, en cuanto perspectiva o exégesis visual condicionada consuetudinariamente por la estampa a costa del preceptivo adiestramiento psicológico del público, llegó a ser tanto o casi más importante que la ciudad misma. Así se infiere de las imágenes urbanas y territoriales del imperio hispanoamericano elaboradas por los cosmógrafos reales Alonso de Santa Cruz y Juan López de Velasco, ante las cuales, y salvando las distancias, es imposible sustraerse al recuerdo de las vistas antológicas que, bajo muy diferentes criterios interpretativos, habían llevado a cabo a lo largo del Quinientos, Anton van der Wyngaerde y, sobre todo, Joris Hoefnagel, cuyas aportaciones al monumental atlas *Civitates Orbis Terrarum* alcanzarían difusión mundial, gracias a la implicación en el proyecto del editor Georg Braun y el grabador Frans Hogenberg. Como bien refiere el autor, el proyecto de Santa Cruz y López de Velasco buscaba la confección de una serie de planos generales y particulares de tipo corográfico y geográfico que hiciesen visible el Nuevo Mundo a su Rey ausente. En consecuencia, prima nuevamente el inmenso potencial de la imagen grabada en cuanto representación verosímil capaz de trascender y aún superar una realidad más allá del mero retrato, para erigirse en *alter-ego* de lo representado.

Completan el libro una exhaustiva bibliografía temática junto a una serie de apéndices de carácter documental, cartográfico y literario, dándose cabida en este último a aquellos textos interesantes por su aportación de noticias com-



plementarias, fundamentalmente, de carácter artístico. En cualquier caso, queda fuera de toda duda la importancia de este libro del profesor Morales Folguera en el mosaico de la historiografía iberoamericana. No sólo por ofrecer en una obra de conjunto una visión plural, integradora y abarcante de cuantos sucesos, circunstancias y contradicciones se entretajan en relación al contexto histórico estudiado, superando con ello la excesiva atomización generalizada en los estudios americanos, sino por plantear

unos criterios analíticos coherentes y válidos para comprender en toda su complejidad la confluencia de cuantos factores políticos, religiosos, sociales y culturales informaron y rigieron las decisiones adoptadas por el controvertido monarca hispánico, en un momento en el que era preciso proceder a la reestructuración del escenario americano dentro del imperio español, sin desdeñar del todo la sombra, la herencia y la lección aprendida de las grandes civilizaciones anteriores.